

Los redentores

Antonio Machado Carrillo



REDENTORES hay de muchas clases. Lo eran, por ejemplo, los religiosos nombrados para hacer el rescate de los cautivos cristianos que estaban en poder de los sarracenos. Sin embargo, y aquí conviene aclarar, que nos referiremos a los redentores pura-sangre, o sea, aquellos que redimen, **«que ponen término a algún vejamen, dolor, penuria u otra adversidad o molestia».**

Pero, ojo al parche, que como en casi todas las cosas, hay redentores «buenos» y redentores «malos», según el lado sobre el cual caiga la tortilla. Me explico.

A mi aburrido entender, es un redentor bueno el que deriva en tal, sin proponérselo, aquél que nos echa un capote cuando más nos hace falta. El redentor malo, por contrario, es aquel personaje que se autodeclara salvador de los pobres infelices que le rodeamos o que ni siquiera conoce, y que —por descontado— nadie ha solicitado.

Se asombrará usted si le digo que hay muchos más redentores malos que buenos; es más, los tenemos hasta en la sopa y la Historia. A los primeros, nos conformamos con llamarlos pelmas, a los segundos, ¡fanáticos!

Es obvio que el redentorismo que comento nace y se cuece en el afán posesivo. Para ser un buen redentor malo, se requiere ser poseedor o estar poseso de la verdad, y como quiera que éste es una especie de vicio-droga nacional, de ello se colige que casi todos los españolitos de a pie tenemos algo de redentores. Desde medicar al primer desgraciado que tropezamos, hasta arreglar la situación económica en la tertulia de café. Sin embargo, tanto en uno como en el otro caso, nuestra víctima no pasa de ser una persona o un objeto indefinido. Se trata pues de un redentorismo de poca monta, más ligado al estómago que al corazón, que viene y se va..., y, por supuesto, que no vuelve.

Pero ¡ah!, otra cosa es el redentor a largo plazo; el cruzado de su posesión verdadera. Estos, señores míos, son la caraba. Los hay variopintos y están infiltrados en todos los niveles y estamentos de la sociedad. Les caracteriza un arribismo y búsqueda del poder, para así redimir más y mejor. También hay quien opina que el poder en sí, genera a estos cruzados, algo así como la teoría de la generación espontánea (¿recuerda?, se meten sacos viejos en una habitación y surgen ratas). En parte, esta hipótesis lleva algo de razón. A medida que se asciende en una jerarquía cualquiera, no cabe duda, que tenemos que controlar y apaciguar con gotitas de humildad, al yo-redentor que se esconde en nuestro subconsciente hispánico.

En realidad, tal vez el medio no genere, propiamente dicho, redentores malos, pero sí puede favorecer o inhibir su abundancia. Si echamos un vistazo atrás, podremos convencernos que España ha estado en manos de redentores que nos «redimían» —según ellos— día a día, sin que nadie se lo pidiese. La herencia actual de aquella época, y que hoy se ha dado por llamar El Tinglado, no es más que el acúmulo de los redentores que aún pululan en y fuera de la Administración. Triste servicio el de los funcionarios-cruzados que se inspiran en no sé que fuente de soberbia y sinrazón. Todos conocemos algunos en nuestra vida cotidiana, tras el escritorio, en la prensa, y, últimamente, hasta en la televisión, pistola en mano. Recuerdo a un buen amigo que decía que no le preocupaban los homosexuales, siempre que no le quisieran hacer feliz a la fuerza.

Si por algo merece la pena luchar por la Democracia, sea simplemente por lograr un medio tóxico para la supervivencia de estos personajes. Ya está bien de redentores. ¡Basta ya!